

16 de agosto de 2026 – 20.º Domingo del Tiempo Ordinario

Is 5,1.6-7; Rom 11,13-15.29-32; Mt 15,21-28

INTRODUCCIÓN

Hay momentos en los que el amor se niega a rendirse. Padres que pasan noches interminables junto a un hijo enfermo, amigos que permanecen fielmente al lado de alguien que está sufriendo, comunidades que se protegen mutuamente en tiempos de peligro: ese amor revela una fortaleza más profunda que el miedo. Sigue llamando a la puerta incluso cuando parece que está cerrada.

El Evangelio de hoy nos ofrece uno de los ejemplos más impresionantes de esa perseverancia. Una madre cananea se acerca a Jesús suplicando por su hija. Aunque se encuentra con el silencio y con una aparente negativa, se niega a marcharse. Su amor se convierte en una fe valiente que confía más en la misericordia que en los obstáculos.

El Evangelio también ensancha nuestro corazón. La compasión de Dios no puede encerrarse dentro de

fronteras humanas. Una y otra vez, Jesús revela que la fe puede surgir en personas y lugares inesperados, y que la misericordia llega mucho más lejos de lo que imaginamos. Al reunirnos hoy ante el Señor, reconozcamos las veces en que hemos levantado barreras alrededor de los demás, hemos dudado de la misericordia de Dios o hemos renunciado demasiado pronto a la oración y al amor. Pidamos ahora al Señor su perdón y su paz.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesús, que acogiste el clamor de quien era considerada extranjera y revelaste la inmensidad de la misericordia del Padre:

Señor, ten piedad.

Cristo Jesús, que fortaleces a quienes no se rinden en la fe y en la esperanza:

Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, que llamas a tu Iglesia a derribar barreras y a ser signo de compasión para todos los pueblos:

Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Que Dios todopoderoso, cuya misericordia alcanza más allá de toda frontera humana, perdone nuestros pecados, fortalezca nuestra fe perseverante, abra nuestros corazones a todos los que buscan su compasión y nos lleve a la vida eterna. Amén.

INVITACIÓN AL GLORIA

Como la mujer cananea, que confió en la bondad de Cristo, elevemos ahora nuestras voces en alabanza al Dios cuya misericordia abraza a todos los pueblos y a todas las naciones.

ORACIÓN COLECTA

Oh Dios, cuya compasión supera toda barrera y cuya misericordia nunca rechaza a quienes te buscan con fe, concédenos perseverar en la oración con corazones confiados y llegar a ser instrumentos de tu amor reconciliador en un mundo dividido.

Que nuestra vida manifieste la amplitud de tu misericordia a todos los que anhelan sanación, esperanza y paz.

Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA

Hace algunos años, el mundo siguió con gran tristeza la historia del pequeño Charlie Gard. Sus padres se negaron a dejar de luchar por su hijo gravemente enfermo. Incluso cuando los especialistas médicos creían que ya no había esperanza, ellos continuaron buscando tratamientos. Se estuviera o no de acuerdo con cada una de sus decisiones, nadie podía ignorar la fuerza de su amor. El amor impulsa a las personas a perseverar más allá del cansancio. Sigue esperando cuando la sola lógica ya se habría rendido.

Ese es el mundo emocional del Evangelio de hoy.

Una madre desesperada se acerca a Jesús suplicando por su hija. Observemos algo importante: no dice simplemente: «Ten misericordia de mi hija». Ella clama: «Ten misericordia de mí». El sufrimiento de su hija se ha convertido en su propio sufrimiento. Todo padre o madre

amoroso comprende esto de manera instintiva. Cuando un hijo sufre, los padres también sufren.

Y entonces llega la parte desconcertante del Evangelio. Jesús guarda silencio. Después dice que su misión es para Israel. Luego viene la imagen del pan de los hijos y de los perritos debajo de la mesa. Nos sentimos incómodos porque parece una respuesta dura. Muchas personas que leen este Evangelio por primera vez se sorprenden.

Sin embargo, quizá esa incomodidad sea precisamente el mensaje. El Evangelio nos muestra un encuentro humano real, no una escena religiosa cuidadosamente adornada. Y lo que brilla en medio de este encuentro difícil es la grandeza de la fe de aquella mujer.

Finalmente Jesús le dice:

«Mujer, qué grande es tu fe».

¡Qué afirmación tan extraordinaria! ¿Puede haber un elogio mayor salido de los labios de Cristo? Imaginemos que Jesús le dijera a alguno de nosotros: «Tu fe es grande». Y lo más notable es que aquella mujer ni siquiera

pertenecía al pueblo de Israel. Era cananea, extranjera, una persona considerada de fuera. Sin embargo, se convierte en una de las pocas personas del Evangelio cuya fe es alabada por Jesús de una manera tan clara y tan fuerte.

¿Y cómo se manifiesta esa fe en la práctica?

En primer lugar, lleva su sufrimiento a Jesús.

Su hija está atormentada y la madre se vuelve hacia Cristo con su dolor. Parece algo sencillo, pero muchas veces es lo más difícil de hacer. Cuando las personas se sienten profundamente agobiadas —por la enfermedad, el duelo, los problemas familiares, las decepciones, la depresión o el miedo— pueden quedar atrapadas en la ansiedad y en preocupaciones interminables. A veces el sufrimiento estrecha tanto nuestra mirada que ya no logramos ver a Dios con claridad.

Pero esta mujer nos enseña la primera lección de la fe: lleva tu necesidad a Jesús.

Ningún sufrimiento es demasiado pequeño. Ninguna situación es demasiado desesperada.

Se cuenta la historia de un hombre que perdió inesperadamente su trabajo y cayó en una profunda desesperación. Cada mañana se sentaba en la mesa de la cocina contemplando en silencio las cuentas sin pagar. Un día, su hija pequeña dejó un dibujo junto a su taza de café. En él aparecía toda la familia tomada de la mano bajo una gran cruz. En la parte inferior había escrito: «Papá, Jesús todavía está con nosotros». Aquel sencillito recordatorio infantil cambió algo en él. Los problemas no desaparecieron de la noche a la mañana, pero más tarde confesó: «Ese fue el día en que dejé de cargar solo con el peso de mis problemas».

La mujer cananea se niega a llevar sola su carga.

Pero luego llega el doloroso silencio de Jesús.

Ella grita y Jesús no responde.

Muchos creyentes conocen esa experiencia. Oras por una curación y nada cambia. Oras por un ser querido y el cielo parece guardar silencio. Oras buscando orientación y solo encuentras oscuridad. Hay momentos en que parece que nuestras oraciones no pasan del techo.

Santa Teresa de Calcuta habló una vez de largos períodos de sequedad espiritual interior, cuando no experimentaba emocionalmente la presencia de Dios. Sin embargo, siguió sirviendo fielmente a los pobres. La fe no siempre es una certeza emocional; a veces es perseverar en medio del silencio.

La mujer del Evangelio hace exactamente eso. No se marcha ofendida. No concluye que Dios la ha olvidado. Vuelve a suplicar:

«Señor, ayúdame».

Esa es la segunda lección: no te rindas cuando Dios parece guardar silencio.

Algunas de las formas más profundas de fe nacen precisamente en la espera.

Una anciana dijo una vez, después de haber rezado durante más de treinta años por el regreso de su hijo a la Iglesia: «Cada día encendía una vela y hacía una oración. Le decía a Dios: “Yo dejaré la puerta abierta mientras tú mantengas abierta la tuya”». Poco antes de morir, su hijo volvió a los sacramentos. La oración perseverante no solo

cambia situaciones; también transforma corazones.

Luego aparece otra dificultad. Jesús dice que fue enviado primero a las ovejas perdidas de Israel. Una vez más, parece que la mujer es rechazada.

Y aquí vemos otro aspecto extraordinario de su fe.

No se llena de ira ni de amargura. No acusa a Jesús de ser injusto. Más bien acepta humildemente el misterioso plan de Dios, aunque no lo comprenda del todo. Pero al mismo tiempo se atreve a apelar a algo aún más profundo: la misericordia infinita de Dios.

«Sí, Señor», responde ella, «pero también los perritos comen las migajas que caen de la mesa de sus dueños».

¡Qué humildad! ¡Qué valentía! ¡Qué confianza!

Acepta que no tiene ningún derecho ni mérito que reclamar delante de Dios. Todo es gracia. Sin embargo, también cree que la misericordia divina es tan abundante que incluso las migajas de esa compasión son suficientes para sanar a su hija.

Tal vez había oído hablar de la multiplicación de los

panes, cuando quedaron canastos llenos de sobras después de que miles de personas comieron. En cierto sentido, está diciendo:

«Señor, tu misericordia es tan abundante que seguramente también hay suficiente para mí».

Y Jesús responde admirado:

«Mujer, qué grande es tu fe».

El milagro no consiste solamente en la curación de la hija. Está ocurriendo algo más grande. Se está abriendo una frontera. Gracias a la fe de esta mujer, el horizonte de la misión de Jesús se vuelve más amplio y más claro. La misericordia de Dios se dirige hacia toda la humanidad.

A lo largo de los Evangelios, las personas consideradas de fuera sorprenden constantemente con su fe. Un centurión romano. Un leproso samaritano. Publicanos y pecadores. Una y otra vez, quienes eran considerados ajenos se convierten en ejemplos de confianza y apertura. El Evangelio nos advierte que nunca demos por supuesto que Dios actúa solamente dentro de nuestros círculos habituales.

Hay una antigua historia sobre un monasterio que se había vuelto frío y dividido. Los monjes discutían constantemente y cada vez llegaban menos visitantes. Un día, un anciano rabino que vivía cerca los visitó y les dijo en voz baja:

«Uno de ustedes es el Mesías disfrazado».

Los monjes quedaron desconcertados. ¿Sería aquel hermano anciano que rezaba en silencio todos los días? ¿Sería el cocinero? ¿O aquel monje difícil a quien todos evitaban? Poco a poco comenzaron a tratarse de otra manera, con respeto, paciencia y bondad. Con el tiempo, el ambiente cambió por completo. Las personas volvieron a percibir la paz que reinaba allí y regresaron buscando oración y sabiduría.

A veces la gracia aparece donde menos la esperamos. San Pablo dice en la segunda lectura de hoy que Dios quiere «tener misericordia de todos». Esa es la dirección de toda la historia de la salvación. Dios comienza con Israel, pero la promesa se abre, por medio de Cristo, hacia todas las naciones y todos los pueblos.

Y hoy necesitamos desesperadamente esa visión.

En los últimos años, los cristianos del norte de Irak sufrieron terribles persecuciones. Comunidades antiguas fueron expulsadas de sus hogares. Iglesias que habían permanecido en pie durante siglos quedaron vacías. Sin embargo, en medio de aquella violencia también sucedió algo admirable. Algunos vecinos musulmanes protegieron a familias cristianas, las escondieron en sus casas y las defendieron públicamente.

Un joven musulmán de Bagdad publicó una fotografía suya llevando un crucifijo junto a estas palabras:

«Hoy, todos somos cristianos».

No quería decir que hubiera cambiado de religión. Quería expresar que el sufrimiento compartido había revelado una humanidad compartida más profunda.

Eso tiene una profunda resonancia evangélica. La misericordia derriba barreras. La compasión amplía nuestra identidad. El amor se niega a permitir que el odio tenga la última palabra.

La mujer cananea nos enseña cuatro cosas.

Primero, lleva tu necesidad a Jesús.

Segundo, no te rindas cuando Dios parezca guardar silencio.

Tercero, confía en Dios incluso cuando no comprendas plenamente sus caminos.

Y cuarto, apela siempre a la misericordia ilimitada de Dios, que es más grande que cualquier frontera humana y que cualquier fracaso humano.

Una maestra pidió una vez a sus alumnos que dibujaran el amor de Dios. Un niño simplemente dibujó una gran mesa alrededor de la cual se iban añadiendo más y más sillas.

Cuando la maestra le preguntó por qué, respondió:

«Porque Dios siempre sigue haciendo sitio».

Ese es el Evangelio de hoy. La mujer cananea creyó que todavía había un lugar para ella en la mesa de la misericordia. Jesús reveló que tenía razón.

Y quizá, si aprendemos a confiar con esa misma perseverancia, humildad y valentía, un día Cristo también pueda decirnos: «Qué grande es tu fe». Amén.

INVITACIÓN AL CREDO

Unidos a los creyentes de todas las naciones y lenguas, y confiando en la misericordia que reúne a todos los pueblos en Cristo, profesemos ahora nuestra fe.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Así como la mujer cananea presentó su esperanza ante el Señor con una fe perseverante, llevemos estos dones al altar, confiando en que Dios acoge toda oración ofrecida con un corazón humilde y abierto.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Recibe, Señor,

las ofrendas de tu pueblo,

y, por medio de este santo sacrificio,

enséñanos a confiar sin temor en tu misericordia

y a acogernos mutuamente con corazones generosos.

Que esta Eucaristía nos fortalezca

para ser signos de reconciliación y esperanza

en un mundo dividido.

Por Cristo nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario, es nuestro deber y salvación, darte gracias siempre y en todo lugar, Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno.

Porque en tu Hijo, Jesucristo, revelaste una misericordia que alcanza más allá de toda frontera y división.

Cuando la mujer cananea clamó con fe por su hija, tu compasión abrió de par en par las puertas de la esperanza, mostrando que ningún corazón sincero está lejos de tu amor salvador.

En Cristo reúnes a pueblos y naciones en una sola familia, derribando los muros del miedo y de la hostilidad, y enseñándonos a reconocernos unos a otros como hermanos y hermanas.

Por eso, con los Ángeles y los Arcángeles, con los Tronos y las Dominaciones, y con todos los coros celestiales, cantamos el himno de tu gloria, diciendo sin cesar:

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Confiados en el Padre cuya misericordia abraza a todos los pueblos y atiende toda necesidad humana, oremos con las palabras que nuestro Salvador nos enseñó.

EMBOLISMO

Líbranos, Señor, de todos los males,
y concédenos la paz en nuestros días,
para que, sostenidos por tu misericordia,
perseveremos en la fe en medio de las pruebas
y superemos las divisiones que hieren a nuestro mundo.
Ayúdanos a reconocernos unos a otros como miembros de una misma familia humana,
mientras esperamos la gloriosa venida de nuestro Salvador Jesucristo.

Porque tuyo es el Reino,
tuyo el poder y la gloria,
por siempre, Señor.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo, que escuchaste el clamor de la mujer cananea y revelaste una misericordia más fuerte que toda barrera; no tengas en cuenta nuestros pecados, sino la fe de tu Iglesia, y concédele la paz y la unidad de acuerdo con tu voluntad. Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Este es el Cordero de Dios, que acoge a todos los que tienen hambre de misericordia y de sanación.

Dichosos los invitados a la cena del Señor.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

La mujer cananea vino pidiendo solamente unas migajas, pero encontró la abundancia de la misericordia de Cristo. En esta Eucaristía hemos recibido no migajas, sino el mismo Pan de Vida. Que este sacramento ensanche nuestro corazón, fortalezca nuestra fe y nos enseñe a no excluir jamás a nadie del alcance de la compasión de Dios.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Habiendo recibido el sacramento de la salvación, te pedimos humildemente, Señor, que por este don celestial nos fortalezcas en una fe perseverante y nos conviertas en testigos de tu misericordia universal. Que lleguemos a ser instrumentos de reconciliación y esperanza para todos los que sufren división, miedo o rechazo. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Que el Señor los fortalezca con la fe de la mujer cananea, les enseñe a perseverar en el amor y en la oración, y ensanche sus corazones con compasión hacia todos los pueblos. Amén.

Que les ayude a reconocer a Cristo en el extranjero, en quien sufre y en quien es excluido, y los convierta en instrumentos de paz en el mundo. Amén.

Y que la bendición de Dios todopoderoso,
Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo, descienda sobre ustedes y
permanezca para siempre. Amén.

DESPEDIDA

Pueden ir en paz, glorificando al Señor con una vida de fe
perseverante, compasión generosa y misericordia abierta
a todos.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

La fe no se rinde fácilmente y la misericordia no se detiene
ante las fronteras humanas. La mujer cananea nos enseña
a seguir confiando, a seguir amando y a seguir haciendo
espacio para los demás, porque la mesa de Dios siempre
es más amplia de lo que imaginamos.

**17 de agosto de 2026 – Lunes, 20.^a Semana del Tiempo
Ordinario**

Ez 24,15-24; Mt 19,16-22

“Dejar ir para seguir a Cristo con mayor libertad.”

INTRODUCCIÓN

Había una vez un hombre que pasó años restaurando una
antigua casa que había heredado. Reparó cada pared,
pulió cada superficie y la llenó de hermosos muebles. Los
visitantes la admiraban y él sentía una tranquila
satisfacción. Sin embargo, una tarde, mientras estaba
sentado solo en aquella casa perfectamente restaurada,
sintió un vacío inesperado. Todo estaba en su lugar, pero
faltaba algo esencial. La casa estaba llena, pero su
corazón no.

De manera semejante, muchas personas pueden llevar
una vida buena y respetable, y aun así percibir en su
interior un anhelo más profundo. Podemos cumplir con
nuestros deberes, alcanzar nuestras metas y, sin
embargo, preguntarnos silenciosamente: “¿Hay algo
más?”.

El Evangelio de hoy nos recuerda que este anhelo no es una debilidad, sino una gracia. Jesús nos invita a ir más allá de la mera seguridad y comodidad para entrar en una libertad más profunda de discipulado. Nos llama a desprendernos de todo aquello que nos impide seguirlo con todo el corazón.

Al presentarnos hoy ante el Señor, reconozcamos las veces en que nos hemos aferrado a nuestros miedos, nuestras comodidades o nuestros propios planes en lugar de confiar plenamente en Él. Pidamos misericordia y el valor de seguir a Cristo con mayor libertad.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesús, tú nos miras con amor y nos llamas a seguirte más de cerca: Señor, ten piedad.

Cristo Jesús, tú nos invitas a desprendernos de todo lo que nos impide alcanzar la verdadera libertad y una confianza más profunda: Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, tú nos conduces más allá de la tristeza y del temor hacia la alegría de la vida contigo: Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Que Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros, nos libere de los apegos que nos alejan de su amor, perdone nuestros pecados y nos lleve a la vida eterna. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Dios misericordioso y lleno de amor, tú conoces el anhelo inquieto del corazón humano y sólo tú puedes satisfacer nuestros deseos más profundos.

Concédenos el valor de desprendernos de todo aquello que nos impide seguir a tu Hijo con libertad y confianza, para que, caminando por la senda del discipulado, descubramos la alegría y la paz que sólo tú puedes dar. Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA

Un joven profesional llegó a alcanzar todo aquello que siempre había deseado: éxito, seguridad económica y reconocimiento. Sin embargo, en lugar de sentirse plenamente satisfecho, se encontraba inquieto. Una tarde confesó a un amigo: “Tengo todo aquello por lo que he trabajado, pero sigo sintiendo que falta algo”. Su amigo le respondió con serenidad: “Tal vez porque el éxito no es lo mismo que el propósito de la vida”.

En el Evangelio de hoy encontramos a un joven que, en muchos aspectos, es admirable. Es sincero, recto moralmente y fiel. Ha cumplido los mandamientos desde su juventud. Y, sin embargo, se acerca a Jesús con una pregunta que nace de lo más profundo de su corazón: “¿Qué más me falta?”. Es una pregunta que revela una santa inquietud, la sensación de que incluso una vida buena puede seguir estando incompleta.

Jesús primero lo confirma en el bien. Los mandamientos son importantes; la manera en que tratamos a los demás es fundamental en el camino de la vida. El amor al prójimo

no es algo opcional, sino esencial. Pero el joven percibe que aún hay algo más, y Jesús, mirándolo con amor, lo invita a avanzar: “Ve, vende lo que tienes, dáselo a los pobres... luego ven y sígueme”.

Para este hombre en particular, ese “algo más” significaba desprenderse de sus riquezas. Éstas se habían convertido en su seguridad y quizá incluso en su identidad. Jesús lo invitaba a confiar no en lo que poseía, sino solamente en Dios, y a entrar en una relación más profunda siguiéndolo. Pero la invitación resulta demasiado exigente. El Evangelio nos dice que se fue triste.

Es un momento profundamente humano y conmovedor. Desea algo más, pregunta por algo más, pero cuando recibe la respuesta, no puede abrazarla. Su tristeza revela la lucha interior que lleva dentro y que también existe en nosotros. Nosotros también podemos desear una vida más profunda con Dios y, sin embargo, vacilar cuando ello exige un cambio real o una verdadera entrega.

Muchas veces lo que nos detiene no son cosas malas, sino nuestros apegos: aquello en lo que buscamos

seguridad o consuelo. Tal vez no sea la riqueza, pero pueden ser nuestros propios planes, nuestros temores, nuestra necesidad de control o incluso heridas que aún no han sanado. Y, en ocasiones, estas cosas se convierten en obstáculos para la libertad que Dios desea regalarnos. Incluso puede existir una relación silenciosa entre nuestra tristeza y nuestra incapacidad para desprendernos. Cuando nos aferramos demasiado, no podemos avanzar. Cuando queremos guardarlo todo para nosotros mismos, no podemos recibir plenamente lo que Dios quiere darnos. Sin embargo, el Evangelio no es una historia de condenación, sino una invitación. Jesús sigue mirando a cada uno de nosotros con amor y continúa llamándonos a seguir adelante. La forma concreta de esa llamada será distinta para cada persona, pero siempre nos conducirá hacia un amor más profundo, una confianza más grande y una auténtica libertad.

Un montañista llevaba durante años una mochila llena de objetos que consideraba indispensables. A medida que avanzaba por senderos difíciles, el peso se hacía cada vez

más insoportable. Finalmente, un guía experimentado le sugirió dejar atrás aquello que no necesitaba realmente. Aunque le costó hacerlo, comenzó a desprenderse de varias cosas. Con cada objeto que dejaba, el camino se volvía más ligero y la cumbre más alcanzable. Sólo entonces comprendió que aquello a lo que se aferraba estaba impidiéndole avanzar.

Ésa es la promesa que encontramos en el corazón del Evangelio de hoy. Cuando nos desprendemos de algo por Cristo, no perdemos; ganamos. Cuando confiamos en Él lo suficiente para seguirlo, descubrimos ese “algo más” que nuestro corazón ha estado buscando desde siempre.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Oren, hermanos y hermanas, para que, al colocar estos dones sobre el altar, presentemos también ante el Señor las cargas, los temores y los apegos que nos cuesta entregar, y para que nuestro sacrificio sea agradable a Dios, Padre todopoderoso.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Señor Dios nuestro,
recibe estas ofrendas que presentamos ante ti
y enséñanos a ofrecer no sólo pan y vino,
sino también nuestros corazones y nuestras vidas.
Líbranos de todo aquello que nos impide seguir
plenamente a Cristo,
para que, confiando únicamente en tu gracia,
lleguemos a ser un pueblo rico en fe, esperanza y amor.
Por Cristo nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario,
es nuestro deber y salvación
darte gracias siempre y en todo lugar,
Señor, Padre santo,
Dios todopoderoso y eterno.
Porque en tu Hijo Jesucristo

nos revelas el camino hacia la verdadera libertad.
Él miró con amor a quienes lo buscaban
y los invitó a ir más allá de las seguridades terrenas
para entrar en la alegría de confiar plenamente en ti.
Y aun cuando nos cuesta desprendernos
de aquello que mantiene atado nuestro corazón,
tú permaneces paciente y misericordioso,
llamándonos siempre a un amor más profundo,
a una confianza más grande
y al tesoro imperecedero de tu Reino.
Por eso, con los Ángeles y los Arcángeles,
con los Tronos y Dominaciones,
y con todos los coros celestiales,
cantamos el himno de tu gloria,
diciendo sin cesar:
Santo, Santo, Santo es el Señor, Dios del universo...

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Fieles a la recomendación del Salvador y siguiendo su divina enseñanza, nos atrevemos a decir:

Padre nuestro, que estás en el cielo...

Él nos invita a confiar plenamente en su amor y a buscar ante todo el tesoro que nunca se acaba.

EMBOLISMO

Líbranos de todos los males, Señor,
y libera nuestros corazones de los apegos y temores
que nos impiden seguir a tu Hijo con confianza y alegría.

Concédenos la paz en nuestros días,
para que, ayudados por tu misericordia,
vivamos siempre libres de pecado
y protegidos de toda perturbación,
mientras esperamos la gloriosa venida
de nuestro Salvador Jesucristo.

Tuyo es el Reino, tuyo el poder y la gloria, por siempre,
Señor.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo,
tú llamaste a tus discípulos a dejar atrás todo aquello que
les impedía seguirte
para que pudieran caminar contigo en libertad y confianza.
No tengas en cuenta nuestras vacilaciones y temores,
sino la fe de tu Iglesia,
y concédele, según tu voluntad,
la paz y la unidad.

Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Éste es el Cordero de Dios,
éste es quien nos llama a ir más allá del miedo y de los
apegos
para entrar en la libertad y la plenitud de la vida.
Dichosos los invitados a la cena del Señor.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

El joven rico se marchó triste porque no pudo desprenderse de aquello a lo que estaba aferrado. Sin embargo, Cristo continúa mirándonos con amor y sigue invitándonos a avanzar. La verdadera libertad comienza cuando confiamos en Él lo suficiente como para soltar aquello que retenemos con más fuerza. En Cristo, aquello que entregamos nunca se pierde; es transformado en vida nueva, en una paz más profunda y en una alegría duradera.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Alimentados con el Cuerpo y la Sangre de tu Hijo, te pedimos, Señor, que nos fortalezcas en el camino del discipulado.

Que este santo sacramento libere nuestros corazones de todo aquello que nos impide amarte plenamente, para que, confiando en tu providencia, sigamos a Cristo con corazones generosos e indivisos.

Por Cristo nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Que el Señor los bendiga y los proteja. Que les conceda el valor de desprenderse de todo aquello que pesa sobre su corazón y la libertad de seguir a Cristo con confianza y alegría.

Y que la bendición de Dios todopoderoso, Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo, descienda sobre ustedes y permanezca para siempre. Amén.

DESPEDIDA

Pueden ir en paz, glorificando al Señor mediante una confianza más profunda en Él y siguiéndolo con mayor libertad.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

Aquello a lo que nos aferramos con más fuerza puede ser precisamente lo que nos impide recibir la vida más profunda que Dios desea regalarnos. Cuando nos desprendemos de algo por Cristo, no perdemos; descubrimos la verdadera libertad, una paz duradera y ese “algo más” que nuestro corazón ha buscado siempre.

**18 de agosto de 2026 – Martes de la 20.^a Semana del
Tiempo Ordinario: Ez 28,1-10; Mt 19,23-30**

INTRODUCCIÓN

Se cuenta la historia de un exitoso empresario que, después de muchos años de trabajo incansable, finalmente construyó la casa de sus sueños. Era grande, segura y estaba equipada con todas las comodidades imaginables. Una noche, mientras estaba sentado solo en su sala de estar, se dio cuenta de algo inquietante: todo lo que poseía estaba a su alcance y, sin embargo, algo esencial faltaba. En medio del silencio, sintió un extraño vacío que no podía explicar.

Con frecuencia suponemos que tener más hará que nuestra vida sea más plena: más seguridad, más comodidad, más control. Sin embargo, la experiencia a veces nos dice algo diferente. Lo que poseemos puede brindarnos comodidad, pero no siempre puede darnos sentido. De hecho, cuanto más confiamos en lo que tenemos, menos sentimos nuestra necesidad de algo —o de alguien— más allá de nosotros mismos.

Las lecturas de hoy cuestionan suavemente, pero con firmeza, esta ilusión. Nos invitan a examinar dónde está realmente nuestra confianza. ¿Está en aquello que podemos acumular y controlar, o en el Dios que nos da la vida y la sostiene? La cuestión no es tener o no tener, sino aquello que ocupa nuestro corazón.

Al comenzar esta Eucaristía, somos invitados a reconocer las veces en que hemos confiado más en nosotros mismos que en Dios, las veces en que hemos permitido que otras cosas ocupen el lugar que solo le corresponde a Él en nuestra vida. Pidamos misericordia y la gracia de redescubrir nuestra necesidad de Él.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesús, Tú nos llamas a confiar no en nosotros mismos, sino en el poder de tu gracia: Señor, ten piedad. Cristo Jesús, Tú liberas nuestro corazón de los apegos que nos impiden seguirte plenamente: Cristo, ten piedad. Señor Jesús, Tú nos recuerdas que lo que es imposible para nosotros siempre es posible para Dios: Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Que Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros, nos libere de la carga de la autosuficiencia y de los apegos pecaminosos, abra nuestro corazón a la confianza en su gracia, perdone nuestros pecados y nos lleve a la vida eterna. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Oh Dios,
que solo Tú eres la fuente de nuestra fuerza y salvación,
enséñanos a no poner nuestra confianza
en las riquezas terrenas ni en nosotros mismos,
sino a apoyarnos siempre en tu gracia y misericordia.
Libera nuestro corazón de todo aquello que nos aparta de
Ti
y haznos dóciles al poder transformador de tu amor.
Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo,
que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo
y es Dios por los siglos de los siglos.
Amén.

HOMILÍA

Un viajero intentaba atravesar una antigua puerta de una ciudad justo antes de que se cerrara por la noche. Guiaba un camello cargado con numerosos bienes adquiridos durante su viaje. Por más que lo intentaba, el camello no podía pasar por la estrecha abertura. Finalmente, frustrado, comenzó a descargar el equipaje poco a poco. Solo cuando retiró toda la carga, el camello pudo arrodillarse y atravesar la puerta. Lo que al principio parecía imposible se volvió posible, pero únicamente después de soltar aquello que pesaba sobre él.

Jesús utiliza una imagen impactante en el Evangelio de hoy: un camello pasando por el ojo de una aguja. Está pensada para parecer imposible, y precisamente ese es el propósito. Jesús habla del peligro de estar tan cargados, tan apegados, que no podamos entrar en la vida que Dios nos ofrece. No son las riquezas en sí mismas el problema, sino la manera en que pueden adueñarse del corazón humano.

Los discípulos quedan comprensiblemente sorprendidos.

En su mundo, la riqueza era considerada con frecuencia una señal de la bendición de Dios. Si incluso los ricos — aquellos que parecían especialmente favorecidos— tienen dificultades para entrar en el Reino, entonces, ¿quién puede salvarse? Su pregunta es sincera e incluso desesperada: «¿Quién podrá salvarse?»

La respuesta de Jesús cambia completamente la perspectiva: «Para los hombres eso es imposible, pero para Dios todo es posible.» La salvación no es algo que alcanzamos únicamente por nuestro esfuerzo ni algo que aseguramos mediante nuestros propios recursos. Ante todo, es obra de Dios, un don de su gracia.

Aquí se encuentra el desafío más profundo. Las riquezas, las posesiones o incluso nuestras capacidades pueden crear una ilusión de autosuficiencia. Comenzamos a confiar en lo que tenemos en lugar de confiar en Dios. Y cuando eso sucede, Dios puede volverse lentamente innecesario en nuestra vida. El problema no es lo que poseemos, sino aquello de lo que dependemos.

El Evangelio nos invita a vivir lo que Jesús llama la

pobreza de espíritu, es decir, el reconocimiento de nuestra necesidad de Dios. Sin esa apertura interior, no podemos recibir lo que Dios desea darnos. Si no sentimos sed, no buscaremos agua. Pero cuando reconocemos nuestra necesidad, incluso en medio de nuestra debilidad, abrimos espacio para que Dios actúe.

Por eso las palabras de Jesús son, en definitiva, palabras de esperanza. Lo que parece imposible para nosotros — un cambio de corazón, la libertad frente a los apegos, una confianza más profunda— siempre es posible para Dios. Él puede actuar incluso en las situaciones más cerradas, incluso en los corazones que parecen completamente ocupados. Nadie está fuera del alcance de la gracia.

En los momentos en que nos sentimos débiles, cargados o estancados, estas palabras adquieren una fuerza especial: «Para Dios todo es posible.» Como san Pablo, podemos descubrir que la verdadera fortaleza no proviene de nosotros mismos, sino de Aquel que actúa dentro de nosotros. Nuestra tarea no es lograrlo todo por nuestras propias fuerzas, sino abrirnos, aunque sea un poco, a la

acción de Dios.

Se cuenta la historia de una mujer que cada día llevaba una pesada mochila durante su largo camino al trabajo. Un día, un conductor amable se detuvo y le ofreció llevarla. Ella aceptó agradecida, pero mantuvo la mochila firmemente sobre sus hombros durante todo el trayecto. Cuando el conductor le preguntó por qué no la dejaba a un lado, ella respondió: «Usted ya me está llevando a mí; no quería cargarlo también con mi mochila». El conductor sonrió y le dijo: «Pero de todos modos estoy llevando a las dos».

Con frecuencia hacemos lo mismo con Dios. Nos aferramos a nuestras cargas, a nuestros apegos y a nuestra autosuficiencia, incluso cuando Dios está dispuesto a llevarnos. Hoy Jesús nos invita a soltar, a confiar y a descubrir que lo que nos parece imposible siempre es posible para Dios.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Oren, hermanos y hermanas, para que, al presentar estos dones sobre el altar, presentemos también ante Dios las cargas, los apegos y la autosuficiencia que pesan sobre nuestro corazón, confiando en que solo Él puede renovarnos y transformarnos.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Recibe, Señor, las ofrendas de tu pueblo
y concede que, libres de la dependencia de las cosas pasajeras, pongamos nuestra confianza más plenamente en Ti. Que este sacrificio nos fortalezca
para buscar por encima de todo los tesoros de tu Reino.
Por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario,
es nuestro deber y salvación,
darte gracias siempre y en todo lugar,
Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno.
Porque Tú conoces la debilidad del corazón humano

y cuán fácilmente ponemos nuestra confianza
en las riquezas, el poder y nuestras propias fuerzas.
Sin embargo, en tu misericordia nunca nos abandonas,
sino que continuamente nos llamas de nuevo
a la libertad de confiar solamente en Ti.

En tu Hijo, Jesucristo,
nos has mostrado que las verdaderas riquezas
no se encuentran en lo que poseemos,
sino en un corazón abierto a tu gracia.

Por medio de Él nos enseñas
que lo que nos parece imposible
se hace posible por tu poder salvador.

Por eso, con los Ángeles y los Arcángeles,
con los Tronos y las Dominaciones,
y con todos los coros celestiales,
cantamos el himno de tu gloria,
diciendo sin cesar:

Santo, Santo, Santo...

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Fieles a la recomendación del Salvador y siguiendo su
divina enseñanza, nos atrevemos a decir con corazón
humilde al Padre que conoce nuestras necesidades y nos
invita a poner toda nuestra confianza en Él.

EMBOLISMO

Líbranos, Señor, de todos los males
y líbranos también de la ilusión de creer que podemos
salvarnos por nosotros mismos.

Concédenos la paz en nuestros días, para que, ayudados
por tu misericordia, vivamos siempre libres de pecado
y protegidos de toda perturbación,
mientras esperamos la gloriosa venida
de nuestro Salvador Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo, Tú nos enseñaste a confiar no en las
seguridades terrenas, sino en el poder del amor del Padre.
Líbranos de las preocupaciones y cargas
que nos impiden descansar en Ti y concede

bondadosamente la paz y la unidad a tu Iglesia,
de acuerdo con tu voluntad. Tú que vives y reinas por los
siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Éste es el Cordero de Dios,
que es el único capaz de liberar nuestro corazón de toda
carga y conducirnos a la plenitud de la vida.

Dichosos los invitados a la cena del Cordero.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Señor, con demasiada frecuencia llevamos nuestras
cargas solos, aferrándonos a nuestros temores, a nuestras
posesiones y a nuestra necesidad de control. Sin
embargo, hoy nos recuerdas que Tú ya nos estás
sosteniendo. Enséñanos a desprendernos de todo aquello
que nos impide confiar plenamente en Ti. Que esta
Eucaristía fortalezca en nosotros la pobreza de espíritu
que abre el corazón a la gracia, para que podamos vivir
cada día apoyándonos no en nosotros mismos, sino en Ti,
para quien todo es posible.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Que la participación en estos santos misterios celestiales,
Señor, desapegue nuestro corazón de las cosas pasajeras
y fortalezca nuestra confianza en tu gracia que nunca falla.
Enséñanos a no apoyarnos en nosotros mismos,
sino en el poder de tu amor que actúa dentro de nosotros.
Por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Que el Señor libere sus corazones de toda carga que les
impida acercarse a Él. Amén.

Que les enseñe a confiar no en ustedes mismos, sino en
su gracia y amorosa providencia. Amén.

Y que la bendición de Dios todopoderoso, Padre, Hijo ✠ y
Espíritu Santo, descienda sobre ustedes y permanezca
para siempre. Amén.

DESPEDIDA

Pueden ir en paz, confiando en que lo que es imposible
para nosotros siempre es posible para Dios.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

«Cuanto más dependemos únicamente de nosotros mismos, más pesada se vuelve la vida; cuanto más dependemos de Dios, más libres se vuelven nuestros corazones.»

19 DE AGOSTO DE 2026 – MIÉRCOLES DE LA 20.^a SEMANA DEL TIEMPO ORDINARIO

Ez 34,1-11; Mt 20,1-16

La generosidad de Dios va más allá de nuestros cálculos.

INTRODUCCIÓN

Una maestra anunció un día a su clase que no habría calificaciones para una tarea en particular: todos los que la intentaran sinceramente recibirían la máxima nota. Algunos estudiantes se alegraron y sintieron alivio; otros se molestaron en silencio. “¿Qué sentido tiene esforzarse?”, murmuró uno de ellos, “si todos van a recibir lo mismo”. La maestra sonrió y respondió: “Porque a veces la lección no consiste en ganar algo, sino en aprender a recibir y a crecer”.

Esa reacción de resistencia silenciosa es muy humana. Desde pequeños hemos sido formados para pensar en términos de esfuerzo y recompensa, mérito y reconocimiento. Cuando algo rompe ese esquema, puede parecernos desconcertante e incluso injusto. Instintivamente medimos, comparamos y calculamos.

Sin embargo, hay momentos en la vida en los que encontramos una lógica diferente: cuando alguien muestra bondad sin hacer cálculos, cuando la generosidad supera la estricta justicia, cuando una persona recibe mucho más de lo que merece. Esos momentos pueden desconcertarnos, pero también pueden revelarnos algo más profundo sobre el corazón.

Las lecturas de hoy nos invitan a entrar en ese lugar más profundo. Al presentarnos ante Dios, reconocemos cuántas veces medimos y comparamos, cuántas veces nos resistimos a la amplitud de su misericordia. Por eso, reconociendo nuestra necesidad de abrirnos más a su amor generoso, nos preparamos para celebrar estos santos misterios con el acto penitencial.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesús, tú buscas a los que están perdidos y reúnes a los dispersos con la ternura del Buen Pastor:

Señor, ten piedad.

Cristo Jesús, tú das no según nuestros méritos, sino según la abundancia de tu misericordia:

Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, tú nos llamas a alegrarnos por las bendiciones concedidas a los demás y a vivir con corazones generosos: Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Que el Dios cuya generosidad supera todos nuestros cálculos nos perdone por nuestra envidia, sane la estrechez de nuestro corazón y nos enseñe a alegrarnos por los dones concedidos a los demás; y que Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros, perdone nuestros pecados y nos lleve a la vida eterna. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Oh Dios, cuya misericordia va más allá de todo merecimiento humano
y cuya compasión busca a los perdidos y olvidados,
libera nuestros corazones de la envidia y de las comparaciones,
para que podamos alegrarnos en tu bondad,
confiar en tu providencia
y reflejar tu amor generoso en nuestras relaciones con los demás.

Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo,
que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo
y es Dios por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA

Un agricultor tenía un huerto de mangos muy abundante. Al llegar la cosecha, invitó a varias familias del pueblo para recoger los frutos. Algunas llegaron temprano por la mañana, otras aparecieron al mediodía y unas pocas llegaron cuando el trabajo estaba casi terminado. Al final del día, el agricultor entregó a cada familia una cesta igualmente llena de mangos. Quienes habían trabajado desde temprano se sintieron molestos. “Esto no es justo”, dijeron. Pero el agricultor respondió: “No les he quitado nada de lo prometido. Simplemente he decidido ser generoso”.

Esta sencilla historia refleja la tensión que sentimos en el Evangelio de hoy. Como los trabajadores que comenzaron a laborar desde el amanecer, instintivamente nos ponemos del lado de lo que parece justo. Comprendemos su queja. Refleja esa voz interior que surge cuando nos

sentimos ignorados o tratados injustamente.

Sin embargo, Jesús cuenta deliberadamente una parábola que cuestiona nuestro sentido de la justicia. Quiere que comprendamos que el Reino de los Cielos no funciona según la lógica de los cálculos humanos. El propietario no es injusto; paga el salario acordado. Lo que nos inquieta es su generosidad, su decisión de no limitar sus dones únicamente a lo que parece estrictamente merecido.

De hecho, la pregunta central de la parábola llega al fondo del corazón: “¿Vas a tener envidia porque yo soy bueno?”. Esa pregunta pone al descubierto algo que llevamos dentro: la tendencia a compararnos, a medirnos con los demás, a sentirnos disminuidos cuando otros reciben más de lo que creemos que merecen. La envidia puede echar raíces silenciosamente cuando la generosidad no está dirigida hacia nosotros.

Pero Jesús nos invita a cambiar de perspectiva. En lugar de identificarnos únicamente con los que trabajaron todo el día, quizá debamos reconocernos en aquellos que fueron contratados a última hora. En realidad, todo lo que hemos

recibido de Dios —la vida, la gracia, el perdón y la esperanza— no es algo que hayamos ganado. Es un don. Un don puro e inmerecido.

Aquí es donde la primera lectura del profeta Ezequiel ilumina el mensaje. Dios se presenta como un pastor que busca a las ovejas perdidas, reúne a las dispersas y cuida de las débiles. La preocupación de Dios no consiste en premiar solamente a los más fuertes o a los que llegaron primero, sino en alcanzar a quienes más lo necesitan. La generosidad divina brota no del cálculo, sino de la compasión.

Esto significa que Dios se relaciona con nosotros no según lo que merecemos, sino según lo que necesitamos. Y esa es una gran noticia. Porque en distintos momentos de nuestra vida todos nos encontramos entre los “últimos en llegar”: aquellos que tienen poco que mostrar, aquellos que sienten que han hecho menos, aquellos que simplemente esperan misericordia.

El desafío, entonces, no consiste solamente en aceptar la generosidad de Dios, sino también en reflejarla. ¿Podemos alegrarnos cuando otros son bendecidos, incluso si nos parece desproporcionado? ¿Podemos dar sin hacer

cálculos? ¿Podemos pasar de la comparación a la gratitud? Una mujer hacía voluntariado en un refugio donde cada tarde se distribuían comidas. Una noche llegó un hombre nuevo cuando la comida estaba casi terminándose. Sin dudarlo, ella le sirvió la misma porción completa que a todos los demás, aunque otros habían estado esperando más tiempo. Alguien cercano susurró: “Él no se ha ganado eso”. La mujer respondió suavemente: “Yo tampoco”. En ese momento comprendió el significado del Evangelio: la generosidad de Dios va más allá de nuestros cálculos, y nosotros estamos llamados a vivir con ese mismo corazón generoso.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Oren, hermanos y hermanas, para que, al presentar estos dones sobre el altar, ofrezcamos también a Dios corazones libres de cálculos y abiertos a la generosidad de su gracia, y así nuestro sacrificio sea agradable a Dios, Padre todopoderoso.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Señor Dios nuestro,
acepta las ofrendas que te presentamos
y transfórmanos por el misterio que celebramos,
para que, recibiendo tus dones con gratitud,
aprendamos a compartir generosamente con los demás
y a alegrarnos en la abundancia de tu misericordia.
Por Cristo nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario,
es nuestro deber y salvación
darte gracias siempre y en todo lugar,
Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno.
Porque tú eres un Dios rico en misericordia y compasión.
Buscas a los que están perdidos, fortaleces a los débiles
y acoges a quienes acuden a ti a cualquier hora.
En tu Hijo, Jesucristo,
nos revelaste un amor que no puede medirse según
criterios humanos,
pues no das solamente según el mérito,

sino según la abundancia de tu gracia.

Incluso cuando nosotros comparamos y calculamos,
tú continúas bendiciéndonos con paciencia y generosidad,
enseñándonos a alegrarnos por el bien concedido a los
demás

y a confiar en tu cuidado paternal.

Por eso, con los Ángeles y los Arcángeles,
con los Tronos y las Dominaciones,
y con todos los coros celestiales,
cantamos el himno de tu gloria,
diciendo sin cesar:

Santo, Santo, Santo...

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Fieles a la recomendación del Salvador y siguiendo su
divina enseñanza, nos atrevemos a decir:

Padre nuestro...

Aquel que cada día nos concede mucho más de lo que
merecemos y cuya misericordia abraza a todos sus hijos
escucha nuestra oración.

EMBOLISMO

Líbranos de todos los males, Señor, y concédenos la paz en nuestros días, para que, confiando no en nuestros propios méritos sino en la abundancia de tu misericordia, quedemos libres de la envidia y de la ansiedad, y podamos alegrarnos por las bendiciones que derramas sobre todo tu pueblo, mientras esperamos la gloriosa venida de nuestro Salvador Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo,
tú nos enseñaste con tu vida y con tus palabras que la verdadera grandeza no se encuentra en la comparación, sino en el amor.
No tengas en cuenta nuestros pecados,
sino la fe de tu Iglesia,
y conforme a tu voluntad concédele la paz y la unidad.
Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos.
Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Éste es el Cordero de Dios,
que acoge al débil, al que llega tarde y al pecador con misericordia generosa.

Dichosos los invitados a la cena del Señor.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Señor, cuántas veces nos medimos con los demás y resentimos en silencio las bendiciones que reciben. Sin embargo, hoy nos recuerdas que todo es don. La gracia que hemos recibido, el perdón que disfrutamos y la esperanza que llevamos en el corazón, nada de eso ha sido ganado por nuestros propios méritos. Enséñanos a vivir no con corazones calculadores, sino con corazones agradecidos. Que esta Eucaristía nos haga más generosos, más compasivos y más alegres por la bondad que manifiestas a todos.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Alimentados con estos sagrados misterios,
te rogamus humildemente, Señor,
que, experimentando la riqueza de tu generosidad,

crezcamos en gratitud y caridad
y lleguemos a ser signos vivos de tu amor compasivo en el mundo. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Que el Señor,
cuya misericordia es más grande que todos nuestros merecimientos,
libere sus corazones de la envidia y de las comparaciones
y los llene de gratitud y generosidad.

Que les enseñe a alegrarse por las bendiciones de los demás

y a confiar siempre en la abundancia de su gracia.

Y que la bendición de Dios todopoderoso,

Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo,

descienda sobre ustedes y permanezca para siempre.

Amén.

DESPEDIDA

Pueden ir en paz, glorificando al Señor con una vida llena de gratitud y generosidad.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

Dios no nos ama según nuestros cálculos, sino según su compasión. Lo que hemos recibido de Él es un don, no una conquista. Un corazón agradecido se alegra no sólo por las bendiciones recibidas, sino también por las bendiciones que otros reciben y comparten.

**20 de agosto de 2026 – Jueves de la 20.^a Semana del
Tiempo Ordinario - San Bernardo, abad**

Ez 36,23-28; Mt 22,1-14

“Revestidos para la invitación de la gracia.”

INTRODUCCIÓN

Un hombre encontró un día una nota escrita a mano en el buzón de su casa. Era de un vecino al que apenas conocía, invitándolo a una sencilla cena familiar. Dudó en aceptar. Había tenido una semana larga; se sentía cansado, poco sociable y sin saber qué podía esperar. Sin embargo, había algo en la calidez de aquella invitación que lo conmovió. Decidió ir. Aquella noche terminó siendo una de las experiencias más significativas de su vida en muchos años: nacieron nuevas amistades, compartieron risas y regresó a casa con el corazón renovado.

La vida está llena de invitaciones como esa. Algunas las aceptamos; otras las ignoramos. Muchas veces no nos damos cuenta de lo que estamos rechazando cuando decimos “no”. A veces pensamos que estamos demasiado ocupados, demasiado distraídos o incluso que no somos

dignos. Sin embargo, detrás de muchas invitaciones no hay una obligación, sino un sincero deseo de comunión. En las lecturas de hoy, Dios nos habla no con el lenguaje de la fuerza, sino con el lenguaje de la invitación. Por medio del profeta Ezequiel, promete purificarnos, darnos un corazón nuevo y poner su Espíritu dentro de nosotros. En el Evangelio, Jesús compara el Reino de los cielos con un banquete de bodas preparado con amor y generosidad para todos.

Al reunirnos alrededor de la mesa del Señor, preguntémonos cómo hemos respondido a las invitaciones de Dios en nuestra vida. ¿Hemos acudido con un corazón agradecido y abierto? Confiando en su misericordia, reconozcamos nuestros pecados y preparémonos para celebrar estos santos misterios.

ACTO PENITENCIAL

Con invocaciones del Kyrie

Señor Jesús, Tú nos invitas una y otra vez al banquete de tu Reino, y sin embargo muchas veces hemos ignorado tu llamada: Señor, ten piedad.

Cristo Jesús, Tú nos revistes con tu gracia y nos das un corazón nuevo, y sin embargo muchas veces hemos permanecido indiferentes y sin cambiar de vida: Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, Tú reúnes en la casa de tu misericordia a personas de todos los caminos y condiciones, y sin embargo nosotros hemos dejado de acoger a los demás con la misma generosidad: Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Que el Señor misericordioso purifique nuestros corazones, nos renueve con su Espíritu y nos revista con la gracia necesaria para participar en la alegría de su Reino; y que Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros, perdone nuestros pecados y nos lleve a la vida eterna. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Oh Dios,
que invitas a tu pueblo al banquete de bodas de tu Hijo y nos renuevas interiormente con el don de tu Espíritu, concédenos que, revestidos con el traje de la gracia, respondamos de todo corazón a tu llamada y vivamos dignamente el banquete preparado para nosotros en Cristo.

Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo,
que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA

Se cuenta la historia de unos padres que pasaron meses preparando la boda de su hija. Cuidaron cada detalle con esmero: el salón fue decorado, la comida preparada y la música cuidadosamente escogida. Cuando por fin llegó el gran día, varios de los invitados simplemente no aparecieron. Algunos enviaron excusas de última hora; otros ni siquiera respondieron. Los padres no solo se

sintieron incómodos; se sintieron profundamente heridos. El banquete estaba listo, pero la ausencia de aquellos a quienes habían invitado dejó un silencioso vacío.

La parábola que Jesús nos presenta hoy refleja esa experiencia, pero a una escala mucho mayor. Un rey prepara un banquete de bodas para su hijo, un acontecimiento de inmensa alegría y honor. Todo está preparado. Sin embargo, los invitados se niegan a asistir. Algunos reaccionan con indiferencia; otros incluso con hostilidad. Es una negativa desconcertante y casi irracional, porque hay mucho que ganar y nada que perder.

Esta parábola nos revela algo esencial acerca de Dios: su generosidad no tiene límites, pero jamás se impone por la fuerza. Dios invita; no obliga. La tragedia no consiste en que falte algo en el banquete, sino en que las personas decidan mantenerse alejadas. ¿Cuántas veces hacemos nosotros lo mismo, permitiendo que las distracciones, las rutinas o la indiferencia apaguen la invitación de Dios a una vida más profunda?

Sin embargo, la historia no termina con el rechazo. El rey envía nuevamente a sus servidores, esta vez a los cruces de los caminos, para reunir a todos los que encuentren. Buenos y malos son acogidos por igual. Esta es una imagen impactante de la perseverancia de Dios. Ante el rechazo, Él no se retira; amplía la invitación. El deseo de Dios es que el salón esté lleno, que la vida sea compartida y que ningún lugar quede vacío.

La primera lectura de Ezequiel nos ayuda a comprender cómo Dios hace posible esto. Dios no se limita a invitarnos desde lejos; obra dentro de nosotros. “Les daré un corazón nuevo... pondré mi espíritu dentro de ustedes.” La capacidad de responder a Dios es también un don suyo. Él nos prepara desde dentro, transformándonos para que podamos decirle “sí”.

Pero el Evangelio añade también una advertencia seria. Uno de los invitados, aunque estaba presente, no llevaba el traje de boda. Había aceptado la invitación, pero sin tomarla verdaderamente en serio. Esto nos recuerda que responder a Dios no es un acto único ni un simple gesto

superficial. Aceptar la invitación significa dejarse transformar; significa “revestirse de Cristo”, como diría san Pablo, y permitir que nuestra vida refleje la dignidad del banquete al que hemos sido admitidos.

En términos prácticos, esto significa que nuestra participación en la Eucaristía no consiste simplemente en estar presentes. Es un compromiso. Venimos a la mesa del Señor, pero también somos enviados a vivir aquello que celebramos: llevar la compasión, la humildad y la verdad de Cristo a nuestra vida cotidiana. El “traje de boda” no se refiere a la apariencia exterior, sino a una disposición interior moldeada por la gracia.

Cada día, por tanto, es una nueva invitación. Dios continúa llamando, preparando y reservándonos un lugar en su mesa. La cuestión no es si la invitación existe —porque siempre está presente—, sino si reconoceremos su valor y responderemos con todo el corazón.

Se cuenta también la historia de una mujer anciana que vivía sola y que fue invitada por la comunidad parroquial a participar en una celebración festiva. Al principio dudó,

pensando que nadie la echaría de menos si no asistía. Finalmente aceptó. Cuando llegó, encontró personas que la recibieron con cariño, compartieron la mesa con ella y la hicieron sentir parte de una familia. Más tarde confesó que lo que más la había conmovido no fue la comida ni la fiesta, sino el hecho de sentirse amada y valorada. Aquella acogida transformó su corazón y le devolvió la esperanza. Dios ofrece a cada uno de nosotros esa misma dignidad. Nos invita, nos reviste con su gracia y nos sienta a su mesa. Aceptar plenamente esa invitación —estar verdaderamente “revestidos para ella”— significa entrar ya desde ahora en la alegría de su Reino.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Oren, hermanos y hermanas, para que, al presentar estos dones sobre el altar, el Señor purifique nuestros corazones, nos renueve con su gracia y nos haga dignos de participar en el banquete de su Reino.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Señor, acepta las ofrendas que ponemos ante Ti
y, por medio de estos santos misterios,
revístenos cada vez más plenamente con la gracia de
Cristo, para que, renovados en el corazón y en el espíritu,
vivamos fielmente la invitación que continuamente nos
diriges. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario,
es nuestro deber y salvación,
darte gracias siempre y en todo lugar,
Señor, Padre santo,
Dios todopoderoso y eterno.
Porque en tu inmenso amor
preparaste para la humanidad el banquete de la salvación
por medio de tu Hijo Jesucristo.
Aunque muchos se alejaron de tu llamada,

Tú nunca dejaste de invitar a tu pueblo,
sino que abriste de par en par las puertas de tu
misericordia
para reunir a todos los que quisieran acercarse a Ti.
En Cristo nos purificas del pecado,
nos das un corazón nuevo
y nos revistes con la dignidad de la gracia,
para que podamos participar ya en la tierra
de la alegría del banquete nupcial celestial.
Por eso, con los Ángeles y los Arcángeles,
con los Tronos y Dominaciones,
y con todos los coros y potestades del cielo,
cantamos el himno de tu gloria,
diciendo sin cesar: Santo, Santo, Santo...

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Fieles a la recomendación del Salvador y siguiendo su
divina enseñanza, nos atrevemos a decir al Padre que nos
invita a su mesa y nos llama sus hijos:

EMBOLISMO

Líbranos de todos los males, Señor, y concédenos la paz en nuestros días, para que, renovados por tu Espíritu y revestidos con la gracia de Cristo, respondamos fielmente a tu invitación y vivamos en la esperanza del banquete eterno, mientras aguardamos la gloriosa venida de nuestro Salvador Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo, Tú reúnes a personas de todas las naciones y condiciones de vida

en la paz y la alegría de tu Reino.

No tengas en cuenta nuestros pecados,

sino la fe de tu Iglesia,

y concédele, conforme a tu voluntad, la paz y la unidad.

Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Este es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo. Dichosos los invitados al banquete de bodas de la vida eterna. Dichosos los llamados a la cena del Cordero.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Señor, Tú continúas invitándonos a tu mesa, no porque seamos perfectos, sino porque deseas renovarnos. En esta Eucaristía nos has revestido una vez más con tu gracia y nos has recordado nuestra dignidad como pueblo tuyo. Que nunca tomemos a la ligera tu invitación, sino que vivamos cada día con corazones transformados por tu amor, llevando al mundo la compasión y la alegría que hemos recibido aquí.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Que la comunión que hemos compartido, Señor, transforme nuestros corazones y nos fortalezca en tu gracia, para que, revestidos con la vida de Cristo, caminemos fielmente por la senda de tu Reino y demos con alegría testimonio de tu invitación en el mundo. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Que el Señor, que los ha invitado al banquete de su Reino, renueve sus corazones con su Espíritu

y los revista siempre con la gracia de Cristo. Amén.

Que Él los fortalezca para vivir dignamente el Evangelio que han recibido y para reflejar su amor y su misericordia en la vida de cada día. Amén.

Y la bendición de Dios todopoderoso, Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo, descienda sobre ustedes y permanezca para siempre. Amén.

DESPEDIDA

Pueden ir en paz, glorificando al Señor con su vida, y permanezcan siempre revestidos de la gracia y de la alegría de su invitación.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

La invitación de Dios está siempre abierta, pero exige más que una simple presencia. Él nos llama a ser transformados, a revestirnos de Cristo y a vivir cada día cubiertos con la dignidad, la gracia y el amor de su Reino.

21 de agosto de 2026 – Viernes de la 20.^a Semana del Tiempo Ordinario - San Pío X

Ez 37,1-14; Mt 22,34-40

«El amor que comienza en Dios se convierte en un amor que llega a todos.»

INTRODUCCIÓN

Una maestra pidió una vez a sus alumnos que escribieran cuál era la regla más importante para tener una vida feliz. Las respuestas fueron variadas: «trabajar duro», «ser honesto», «ayudar a los demás», «creer en uno mismo». Un niño muy callado escribió simplemente: «Recuerda quién te ama». Cuando le pidieron que lo explicara, respondió: «Si recuerdas quién te ama, sabrás cómo vivir». Había una sabiduría en aquella respuesta tan sencilla que sorprendió a todos.

También en nuestra propia vida solemos manejar muchas «reglas»: deberes, expectativas y responsabilidades. Como las personas del tiempo de Jesús, podemos sentirnos rodeados de innumerables exigencias. Es fácil perder de vista lo que realmente importa, quedar atrapados en los

detalles y olvidar el corazón de todo.

La pregunta que le hacen a Jesús en el Evangelio de hoy: «¿Cuál es el mandamiento más importante?», no está tan lejos de nuestras propias preguntas. ¿Qué es lo que verdaderamente importa más? ¿Qué mantiene unidas todas las cosas? ¿Qué da sentido a todo lo demás?

Al reunirnos ahora, podemos reconocer que no siempre hemos mantenido claro ese centro. A veces hemos amado con tibieza: a Dios, a los demás e incluso a nosotros mismos. Por eso, mientras nos preparamos para celebrar estos santos misterios, nos volvemos al Señor y le pedimos misericordia y renovación.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesús, tú nos llamas a amar al Padre con todo nuestro corazón, con toda nuestra mente y con toda nuestra alma:
Señor, ten piedad.

Cristo Jesús, tú nos enseñas que el amor al prójimo revela la verdad de nuestro amor a Dios: Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, tú derramas tu Espíritu para hacernos instrumentos de tu amor fiel y generoso: Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Que Dios todopoderoso, que nos llama de nuevo al corazón del Evangelio cada vez que nuestro amor se debilita o se divide, perdone nuestros pecados, nos renueve con la fuerza de su Espíritu y nos lleve a la vida eterna. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Oh Dios, que enseñaste a san Pío X
a custodiar la fe con sabiduría
y a guiar a tu pueblo con amor de pastor,
concédenos que, profundamente arraigados en tu amor,
te busquemos por encima de todas las cosas
y manifestemos tu compasión mediante un servicio
generoso a los demás.

Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo,
que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo
y es Dios por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA

Un hombre heredó una gran casa antigua llena de muebles, libros y una infinidad de objetos acumulados durante generaciones. Decidido a poner orden, comenzó a catalogarlo todo: etiquetaba, clasificaba y organizaba cada cosa. Después de meses de trabajo, mostró orgullosamente a un amigo su detallado sistema. El amigo escuchó con paciencia y luego le preguntó: «Pero, ¿esta casa es realmente un hogar?». El hombre se quedó pensativo. En todo su esfuerzo por administrar y ordenar cada detalle, había olvidado el propósito sencillo de la casa: ser habitada y amada.

Algo parecido sucedía en el mundo religioso del tiempo de Jesús. Existían cientos de mandamientos —más de seiscientos— que eran observados, debatidos y discutidos cuidadosamente. Cuando el fariseo pregunta a Jesús cuál es el mandamiento más importante, no se trata solamente de curiosidad; también es una prueba. Sin embargo, Jesús atraviesa toda aquella complejidad con una claridad sorprendente: el corazón de todo es el amor.

Pero Jesús hace algo más. No da un solo mandamiento. Da dos, y los une inseparablemente. «Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente», y «amarás a tu prójimo como a ti mismo». Lo extraordinario no es solamente la elección de estos mandamientos, sino que no pueden separarse. Para Jesús, permanecen juntos o caen juntos.

El primero ocupa el primer lugar por una razón. Dios debe ser amado con todo nuestro ser, no parcialmente ni de vez en cuando, sino totalmente. Esto significa reconocer que nuestra vida no es obra exclusiva nuestra, que todo lo que somos y tenemos es un don. Amar a Dios significa colocarlo en el centro y permitir que nuestra vida sea moldeada por esa relación.

Sin embargo, este amor a Dios no permanece oculto ni se queda en algo abstracto. Necesariamente se derrama hacia afuera. Si realmente amamos a Dios, comenzamos a amar como Dios ama. Y el amor de Dios nunca es exclusivo ni selectivo; llega a todos, especialmente a los vulnerables, a los difíciles de tratar e incluso a los

enemigos. El amor al prójimo no es un complemento opcional; es la expresión visible de nuestro amor a Dios.

Por eso Jesús es tan claro: no podemos afirmar que amamos a Dios mientras herimos a los demás. Toda devoción que ignora o menosprecia al prójimo se vuelve vacía. El camino hacia Dios pasa siempre por las personas que nos rodean: el miembro de la familia, el desconocido, el compañero de trabajo, aquel a quien nos cuesta comprender.

Vemos un hermoso ejemplo de este amor en la historia de Rut, que le dice a Noemí: «Donde tú vayas, yo iré... tu pueblo será mi pueblo y tu Dios será mi Dios». Es un amor humano, fiel y generoso, pero refleja algo más profundo: hace eco del amor firme y constante de Dios. Este es el tipo de amor al que Jesús nos llama: un amor arraigado en Dios y expresado en el compromiso con los demás.

Por supuesto, este tipo de amor no es fácil. Nos exige más. Nos pide ir más allá de la comodidad, de las preferencias personales y del propio interés. No podemos sostenerlo únicamente con nuestras propias fuerzas. Por

eso Jesús no solamente nos enseña este amor, sino que también nos da su Espíritu, el Espíritu Santo, para que su manera de amar se convierta en la nuestra.

Una mujer observó durante mucho tiempo que su vecina anciana tenía dificultades para cargar las bolsas de la compra cada semana. Al principio dudó en ayudarla porque estaba muy ocupada y la vecina parecía distante. Pero un día se ofreció a ayudarla. Aquel pequeño gesto se convirtió en una costumbre y luego en una amistad. Más tarde ella comentó: «Pensaba que solamente la estaba ayudando a ella, pero de alguna manera eso me acercó más a Dios». Sin darse cuenta, había descubierto la verdad de la enseñanza de Jesús: el amor al prójimo había profundizado su amor a Dios.

Al final, todo depende de esto. No de nuestros logros, ni de nuestros conocimientos, ni siquiera de nuestras prácticas religiosas consideradas por sí mismas, sino del amor. Un amor que comienza en Dios y se derrama hacia los demás. Un amor que transforma silenciosamente los momentos ordinarios en encuentros con la gracia.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Oren, hermanos y hermanas,
para que nuestro sacrificio, ofrecido con corazones que
buscan amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo con
sinceridad, sea agradable a Dios, Padre todopoderoso.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Recibe, Señor, los dones que colocamos sobre tu altar,
y, por medio de estos santos misterios,
enséñanos a amarte con un corazón indiviso
y a reflejar tu bondad en nuestro cuidado mutuo.
Por Cristo nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario,
es nuestro deber y salvación,
darte gracias siempre y en todo lugar,
Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno.
Porque en tu sabiduría y en tu amor
nos creaste no para vivir solamente para nosotros mismos,

sino para encontrar nuestra vida amándote a ti y
sirviéndonos unos a otros.

Una y otra vez, por medio de la Ley y de los Profetas,
enseñaste a tu pueblo el camino del amor de la alianza,
y en la plenitud de los tiempos
tu Hijo reveló el mandamiento más grande:
amarte con todo el corazón
y amar al prójimo como a nosotros mismos.

En Cristo, tu amor se hizo visible entre nosotros.
Él acogió a los débiles, perdonó a los pecadores
y extendió sus brazos en la Cruz
para reunir a todos los pueblos en tu misericordia.

Por el don del Espíritu Santo, sigues formando nuestros
corazones para que nuestras vidas se conviertan en
signos de tu compasión y de tu paz.

Por eso, con los Ángeles y los Arcángeles,
con los Tronos y Dominaciones,
y con todos los coros y potestades del cielo,
cantamos el himno de tu gloria,
diciendo sin cesar: **Santo, Santo, Santo...**

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Fieles a la recomendación del Salvador y formados por el amor que nos une como hijos de un mismo Padre, nos atrevemos a decir:

EMBOLISMO

Líbranos, Señor, de todos los males,
y libera nuestros corazones de todo aquello que nos encierra en nosotros mismos.

Concédenos la paz en nuestros días,
para que, ayudados por tu misericordia,
aprendamos a amar generosamente y a perdonar con prontitud, como tú nos has amado y perdonado.

Mientras esperamos la gloriosa venida
de nuestro Salvador Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo, tú nos enseñaste que el amor a Dios y el amor al prójimo nunca pueden separarse.

No tengas en cuenta nuestros fracasos y divisiones,
sino la fe de tu Iglesia,

y concédele la paz y la unidad conforme a tu voluntad.

Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Éste es el Cordero de Dios, que nos revela el amor del Padre y nos enseña a amarnos unos a otros.

Dichosos los invitados a la cena del Cordero.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Señor, nos has alimentado con el Pan de Vida
y nos has recordado que el corazón de todo mandamiento es el amor.

Que esta Eucaristía nos acerque más a ti
y nos haga más atentos a las personas que pones delante de nosotros cada día.

Enséñanos a amar no sólo con palabras,
sino con paciencia, bondad, perdón y servicio fiel.

Que tu Espíritu transforme los momentos ordinarios
en signos vivos de tu gracia.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Que la acción de este don celestial, Señor,
nos transforme cada vez más profundamente en personas
de fe y de caridad, para que, amándote sobre todas las
cosas,
sepamos reconocer tu presencia en quienes nos rodean
y servirlos con corazones generosos.
Por Cristo nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Que el Señor llene sus corazones con su amor,
los fortalezca con el poder de su Espíritu
y los ayude a reconocerlo en todos aquellos que
encuentren en su camino.
Y que la bendición de Dios todopoderoso,
Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo,
descienda sobre ustedes y permanezca para siempre.
Amén.

DESPEDIDA

Pueden ir en paz, glorificando al Señor
amando a Dios con todo el corazón
y sirviéndose unos a otros con generosidad.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

Cuando el amor comienza en Dios, nunca permanece
encerrado dentro de nosotros. Cuanto más profundamente
amamos a Dios, más naturalmente empezamos a amar,
perdonar, servir y cuidar a los demás.
Cada acto ordinario de bondad puede convertirse en un
lugar de encuentro con la gracia de Dios.

22 de agosto de 2026 – Sábado

Santa María Virgen Reina: Ez 43,1-7; Mt 23,1-12

«La verdadera grandeza se encuentra en el servicio humilde bajo un solo Maestro.»

INTRODUCCIÓN

Un joven seminarista mostró con orgullo a su director espiritual un cuaderno lleno de reflexiones bellamente escritas. «Creo que ya estoy preparado para enseñar a los demás», dijo sonriendo. El director le entregó en silencio una toalla y señaló la cocina, donde había una gran pila de platos por lavar. Confundido, el seminarista preguntó: «¿Qué tiene esto que ver con enseñar?». El director respondió: «Hasta que tus manos aprendan la humildad, tus palabras no transmitirán la verdad».

Hay algo dentro de nosotros que desea ser visto, reconocido e incluso admirado. Esto no siempre es malo, pero puede crecer silenciosamente hasta convertirse en un deseo de importancia, de reconocimiento y de títulos que nos coloquen por encima de los demás. El Evangelio de hoy toca precisamente esa fibra sensible.

Jesús habla con firmeza acerca de los líderes que dicen las cosas correctas pero no las practican, que ponen cargas sobre los demás sin mover un dedo para ayudarlos y que disfrutan más de los honores que del servicio. Sus palabras no están dirigidas solamente a los líderes religiosos; están dirigidas a todos nosotros que, de una manera u otra, influimos en la vida de los demás: en el hogar, en el trabajo y en la comunidad.

Al reunirnos hoy en la presencia de Dios, podemos reconocer los momentos en que hemos buscado más el reconocimiento que el servicio, cuando no hemos vivido aquello que creemos o cuando hemos hecho más pesada la vida de los demás en lugar de aliviarla. Con corazones humildes, pidamos al Señor misericordia y la gracia de comenzar de nuevo.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesús, tú eres nuestro único Maestro, manso y humilde de corazón: Señor, ten piedad.

Cristo Jesús, tú nos llamas a servirnos unos a otros con amor humilde: Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, tú alivias las cargas de tu pueblo y nos conduces por el camino de la misericordia: Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Que Dios todopoderoso, que nos llama a la verdadera grandeza por medio del servicio humilde, nos perdone las veces en que hemos buscado el honor en lugar del amor, hemos puesto cargas sobre los demás en vez de ayudarlos a llevarlas y no hemos vivido aquello que profesamos. Que Él renueve en nosotros el corazón humilde de Cristo y nos conduzca a la vida eterna. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Oh Dios, que elevaste a la Santísima Virgen María por encima de todas las criaturas como Reina, porque se humilló completamente ante tu voluntad, concédenos que también nosotros aprendamos de tu Hijo a servir con corazones mansos y generosos, buscando no nuestra propia gloria, sino el bien de los demás. Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA

Se cuenta la historia de una pequeña comunidad donde una anciana era conocida por ayudar silenciosamente a todos los que pasaban necesidad. Nunca hablaba de sus buenas obras ni buscaba reconocimiento. Cuando murió, la gente descubrió cuántas familias habían recibido su ayuda durante años sin saber quién era su benefactora. Entonces comprendieron que la persona más grande de la comunidad había sido precisamente aquella que menos buscó ser importante.

Esta historia refleja el mensaje del Evangelio de hoy. Jesús dice: «Hagan y cumplan lo que les digan, pero no imiten sus obras, porque ellos dicen y no hacen». Son palabras exigentes, especialmente para quienes enseñan, predicán o acompañan a otros en el camino de la fe. Pero también son un espejo amable que se nos presenta a todos. Con frecuencia existe una distancia entre nuestras palabras y nuestra manera de vivir.

Jesús es particularmente crítico con aquellos que ponen cargas pesadas sobre los demás sin ayudarlos a llevarlas.

Sin embargo, el Evangelio nunca fue pensado para aplastar a las personas. El mismo Jesús nos dice: «Vengan a mí todos los que están fatigados y agobiados, y yo los aliviaré». Su mensaje es exigente, sí, pero también da vida. Nos llama a amar profundamente, y al mismo tiempo nos concede la gracia necesaria para hacerlo.

Y esa gracia nace cuando reconocemos una verdad sencilla: tenemos un solo Maestro, Jesús. No importa cuánto sepamos o cuánto tiempo llevemos siguiéndolo; seguimos siendo sus discípulos. No estamos por encima de los demás; caminamos junto a ellos. Todos estamos aprendiendo y todos estamos creciendo. En el momento en que olvidamos esto, comenzamos a deslizarnos hacia el orgullo.

Aprender de Jesús significa aprender la humildad de corazón. «Aprendan de mí —nos dice—, porque soy manso y humilde de corazón». Esta humildad no es debilidad; es fortaleza dominada por el amor, amor entregado sin buscar reconocimiento. Es la fuerza serena

que levanta a los demás en lugar de derribarlos.

Jesús también nos recuerda que tenemos un solo Padre y que, por lo tanto, todos somos hermanos y hermanas. Esta visión de la Iglesia es profundamente igualitaria. No deja espacio para la superioridad ni para la importancia personal. Cualesquiera que sean nuestros roles o responsabilidades, estos existen para servir, no para elevarnos por encima de los demás.

Por eso Jesús redefine la grandeza de una manera tan sencilla y tan radical: «El mayor entre ustedes será su servidor». A los ojos de Dios, la grandeza no consiste en el prestigio ni en los títulos; consiste en el amor puesto en acción. Consiste en hacer la vida más llevadera para los demás y no más pesada. Consiste en entregarse silenciosamente, como lo hizo Jesús.

Vemos esta verdad realizada perfectamente en María, cuya realeza celebramos hoy. Ella es Reina no porque buscó honores, sino porque respondió «sí» con humildad. Su grandeza está en su servicio, en su disponibilidad, en su disposición para dejar que Dios guiara su vida. Nunca

se colocó por encima de los demás; permaneció entre ellos como la humilde esclava del Señor.

Una historia final: un obispo muy conocido visitó una pequeña parroquia. Después de la Misa, muchas personas lo buscaban para agradecerle y saludarlo, pero no lograban encontrarlo. Finalmente, alguien lo descubrió en la cocina, secando platos junto con algunos voluntarios. Cuando le preguntaron por qué estaba allí, respondió sencillamente: «Aquí es donde recuerdo quién soy». Ese es el corazón del Evangelio de hoy. Bajo un solo Maestro y como hijos de un solo Padre, descubrimos que nuestra verdadera grandeza no está en ser servidos, sino en servir con amor humilde y generoso.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Oren, hermanos y hermanas, para que este sacrificio, ofrecido con corazones humildes bajo Cristo, nuestro único Maestro, sea agradable a Dios, Padre todopoderoso.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Al ofrecerte, Señor, el sacrificio de reconciliación y alabanza en esta fiesta de la Santísima Virgen María, concédenos que, siguiendo su ejemplo de humilde servicio, pongamos nuestros dones y nuestras vidas enteramente en tus manos para el bien de nuestros hermanos y hermanas. Por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario, es nuestro deber y salvación darte gracias siempre y en todo lugar, Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno.

Porque nos has dado en la Santísima Virgen María un ejemplo luminoso de discipulado humilde y de servicio amoroso. Aunque fue elegida entre todas las mujeres para ser la Madre de tu Hijo, no buscó honores para sí misma, sino que se llamó a sí misma tu sierva y confió plenamente en tu palabra.

En su Realeza contemplamos el cumplimiento de la enseñanza de Cristo de que el más grande es quien sirve.

Por medio de su obediencia silenciosa, su compasión y su fe inquebrantable, ella muestra a tu Iglesia el camino de la verdadera grandeza: una vida derramada en el amor.

Por eso, con los Ángeles y los Arcángeles, con los Tronos y Dominaciones, y con todos los coros y potestades del cielo, cantamos el himno de tu gloria, diciendo sin cesar:

Santo, Santo, Santo es el Señor, Dios del universo...

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO Con humilde confianza, y como hermanos y hermanas bajo un solo Padre y un solo Maestro, oremos con las palabras que el mismo Jesús nos enseñó:

EMBOLISMO

Líbranos, Señor, de todos los males y libera nuestros corazones del orgullo y del egoísmo. Concédenos la gracia de servirnos unos a otros con humildad y amor, como María lo hizo en fiel obediencia a tu voluntad, mientras esperamos la feliz esperanza y la venida de nuestro Salvador, Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo, tú nos enseñaste que la verdadera grandeza se encuentra en el servicio humilde y en el amor. No tengas en cuenta nuestros pecados y divisiones, sino la fe de tu Iglesia, y concédele bondadosamente la paz y la unidad de acuerdo con tu voluntad.

Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Este es el Cordero de Dios, que no vino para ser servido sino para servir y dar su vida por muchos. Dichosos los invitados a la cena del Señor.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

En esta Eucaristía, Jesús nos ha enseñado una vez más, no solo con palabras, sino con el don de sí mismo. El Señor que es Maestro y Señor se convierte en pan partido para los demás. María, Reina y sierva del Señor, nos enseña a recibir este don con corazones humildes y a llevarlo a la vida cotidiana mediante actos sencillos de amor, bondad y servicio. La verdadera grandeza no se

encuentra en llamar la atención, sino en ayudar a los demás a sentirse amados, acompañados y fortalecidos.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Habiendo recibido el Sacramento de la salvación, te pedimos, Señor, que, siguiendo el ejemplo de la Santísima Virgen María, aprendamos a servirte fielmente sirviendo a nuestros hermanos y hermanas con humildad y amor. Por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Que el Señor les enseñe la humildad de Cristo, para que busquen la verdadera grandeza no en los honores, sino en el servicio amoroso. Amén.

Que la Santísima Virgen María, Reina y sierva del Señor, los guíe para vivir con corazones mansos y generosos. Amén.

Y que la bendición de Dios todopoderoso, Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo, descienda sobre ustedes y permanezca para siempre. Amén.

DESPEDIDA

Pueden ir en paz, glorificando al Señor mediante el servicio humilde y amoroso a los demás.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

«La verdadera grandeza comienza cuando dejamos de pedir que nos reconozcan y empezamos a ayudar a los demás a llevar sus cargas.»